

ría. Alistáos, pues, bajo sus estandartes; sed siempre fieles á su bandera, que es la fe, la piedad y la religion. Sí, que sea la religion vuestro más precioso tesoro, vuestra más brillante joya, el florón más hermoso de vuestra corona. La mujer virtuosa es un ángel sobre la tierra; si es buena y casta sobre la tierra el mundo se salvará, porque en sus manos están los destinos del mundo, especialmente ahora que hay tan poca religion en los hombres; á vosotras toca ejercer una especie de sacerdocio en vuestras familias y en la sociedad. Decid, por lo tanto, al siglo y á las mujeres de este siglo, que si la mujer es feliz, dichosa, grande, es por María.—AMEN.

S E R M O N

SOBRE LA

SOLEDAD DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN

PREDICADO EN EL SANTUARIO DE HUAMANTLA
EL VIERNES SANTO DEL AÑO DE 1855

POR EL

PBRO. D. FRANCISCO FLORES

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?

Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

Mat., XXVII, 46.

Estas palabras, señores, que Jesucristo pronunció en medio del silencio que reinaba en el Calvario con voz lánguida y desfallecida, en aquel día tan doloroso como nos lo refiere la historia, tan fúnebre como lo recuerda la Iglesia y tan misterioso como lo venera el católico; estas palabras con que se quejó el Salvador en aquel día en que la naturaleza misma se miró como espantada, porque los astros negaron su luz, los montes bajaron sus cúspides y los volcanes abrieron su cráter como en señal de senti-

BIBLIOTECA U. A. N. L.

miento; estas palabras, que son el himno de la agonía que un Dios entona en los brazos de la muerte, luchando con la última congoja y exhalando el postrer suspiro; en aquel viérnes santo, cuando la tierra se alzó contra el cielo y el Gólgota se tiñó con la sangre del Cordero; porque entonces la débil mano del hombre traspasó con duros hierros, el corazón, el cuerpo y las manos de la Divinidad; porque entonces un pueblo de maldición escupió la hiel de sus sarcasmos sobre la faz purísima de un Dios que era adorado de los espíritus angélicos, hasta sujetar á la muerte al autor de la vida, y á la ley del pecado al promulgador de la ley de gracia; estas palabras, en fin, que explican de un modo patético la aflicción, la tristeza y el desamparo de un Hijo amoroso que se halla sin consuelo en medio de sus enemigos, ¿no podremos muy bien ponerlas en los pálidos labios de una tierna Madre que por la ingratitud de unos seres corrompidos, se mira en este valle de duelo abandonada del cielo y de la tierra, sin tener en sus brazos al fruto de su vientre, fuente de misericordia? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis desamparado?

Anunciada María Santísima en el Génesis y en el Cantar de los Cantares, en los Salmos y en los Proverbios; profetizada por Isaías la mujer hermosa, la criatura generadora del Criador, antes que el sol fuera el reflejo del esplendor de su frente; digna Esposa del Espíritu Santo, de su misma sangre se forma la víctima que había de ofrecerse en el Calvario, y cuando camina el Hijo único de sus entrañas á la cumbre del monte, llevando sobre sus hombros el madero para el sacrificio, obligada de su maternidad lo sigue y lo acompaña hasta el altar del holocausto para ofrecerlo al Eterno Padre como medianera entre las iras de Dios y el deicidio del mundo; mas ¡infeliz Madre! ella no tiene el consuelo de que un ángel suspenda el acero desenvainado que va á caer sobre su Hijo, sino que antes bien, otro ángel, cubierto de negro luto, parece que lanza un grito, que resonando por todo Jerusalem,

repite: "Perezca el justo, sálvese el mundo." Pero este Justo es la luz de sus ojos, la dulzura de su alma, el objeto de su amor, el consuelo de todos sus días. Y en tan triste y amarga situación, mirándose sola, sin su amado, ¿no es natural que cuando menos en su espíritu haya dicho: ¡Dios mio! ¡Dios mio! por qué me habeis desamparado?

Por esta razón, señores, ahora, que movidos de piedad, venimos á dar el pésame á esta Divina Señora, demostraré, que en la muerte del Salvador, quedó reducida á la más amarga soledad, sin hallar ningún consuelo. Virgen de la Soledad, tú, mejor que nadie, puedes alcanzarme del divino espíritu expresiones de sentimiento para poder dar una idea del misterio de tu Soledad; así te lo pido saludándote con el ángel.—AVE MARIA.

Como hay cosas que no se pueden comprender, ni pintar, ni basta el corazón del hombre para sentir las, para hablar de la soledad de María Santísima, antes debemos considerar que siempre estuvo en compañía de Jesucristo, desde el momento de su encarnación cuando se hizo hombre, hasta que subió á los cielos para sentarse á la diestra de su Eterno Padre. De manera que debiendo la tierra producir un vástago de bendición del tronco de Jesé á la influencia del benigno rocío del cielo, por nueve meses lo trajo en su casto vientre; recién nacido lo alimentó con la leche de sus virginales pechos, y cuando lloraba de frío lo abrigaba con su celeste manto, lo calentaba con el calor de su pecho, en sus brazos lo dormía, sobre ellos lo adoraron los Magos, en ellos lo presentó al templo y ellos fueron la cuna en que lo mecía, cuando fugitivo y

expatriado anduvo por los arenales secos del Egipto. ¡Con qué esmero lo cuida en su niñez, en su infancia y en su juventud! y cuando á la edad de doce años lo pierde en Jerusalem, ¡Dios mio! ¿cuál sería su aflicción y congoja al verse sola sin la prenda de su amor? Si Jacob, teniendo otros hijos que le consolasen, tuvo grande pesar en la pérdida de José, si la madre de Tobías lloró tantas lágrimas por la ausencia de su hijo sabiendo que había de volver, ¿pues cuál sería el desconsuelo de María cuando pierde al Hijo único de su cariño sin saber en dónde le hallará? ¿Con qué inquietud no lo buscaría por las calles y plazas de Jerusalem hasta que lo encontró en el Templo confundiendo á los doctores?

Pues no satisfecha con haber acompañado á Jesucristo en sus primeros días, á este humilde peregrino cuyo asiento era la yerba de los prados, la piedra de los caminos y la roca de las montañas; cuando los discípulos se dispersan y le abandonan, ella siempre, llena de amor y más ansiosa de padecer, va detrás de él por la calle de la Amargura, más abrumada de dolor que el patriarca Abraham, se desmaya en el camino; pero no pudiendo estar sola, se esfuerza para llegar á la cima del Calvario, ¿y para qué? ¿sería para librarlo de sus enemigos? ¿para cubrirlo en su desnudez? ¿para humedecer sus marchitos labios en su devoradora sed, ó para sostenerlo en sus brazos en medio de su agonía? ¡Ah! esto y mucho más hubiera hecho; le había servido treinta y tres años, lo había vestido con pobres pañales, y no volvió á Nazareth con su amado hasta que un ángel le dijo que ya habían muerto los que le buscaban para matarle; pero la barbarie de los judíos solo le permite el estar al pié de la Cruz como la desgraciada Resfa, ella no quiere estar sola allí, acompaña en los últimos momentos que le quedan de vida al pedazo de su corazón que expira en un infame suplicio, entre las increpaciones y ultrajes de una multitud que sólo viene á saciarse de sus ignominias y tormentos.

No lo ve allí como en las cumbres del Tabor más res-

plandeciente que el sol y en medio de dos Profetas, sino todo oscurecido y en medio de dos ladrones; mas temiendo su soledad, allí permanece recibiendo sus últimos suspiros y recogiendo las gotas de aquella sangre que salpicó á todo el mundo. Allí está quebrantando la cabeza de la serpiente que silbó en el paraíso. Allí, entre las angustias del monte de la mirra, está recuperando una corona que nuestra madre Eva perdió entre las flores del huerto. Allí..... esta Madre tierna de los hombres, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, espera que pongan en sus brazos el cuerpo exangüe de su Hijo para estrecharlo por la última vez en su regazo maternal, porque es el amor maternal personificado para unirlo con sus lágrimas, porque es el géneo del sentimiento, para decirle el último adiós, porque es su madre por excelencia y la más unida á él por naturaleza; y cuando por la última vez lo tenía en sus brazos, ¿quién podrá explicar los arroyos de lágrimas que se desprendían de sus purísimos ojos, los profundos suspiros que se arrancarían de su afligido corazón y los tiernos lamentos en que prorumpirían? ¡Ay, amado hijo mio! le diría causando compasión á los peñascos mismos, ¿qué es lo que has hecho para que de este modo te hayan dado la muerte, pues no en todos los lugares que sirvieron de teatro á tus humillaciones y tormentos fuiste proclamado por Justo? ¿no así lo confesó Júdeas devolviendo el premio de su traición, Pilatos lavándose las manos y el Centurion arrojando su lanza? ¿Acaso serán tus delitos el haber convertido en Canaá de Galilea las aguas en vino, el haber convertido á la Samaritana al pié de una fuente, el haber sanado á los leprosos, ó el haber dicho á más de un paralítico: "Levántate, toma tu camilla y echa á andar?" ¿Serán tus delitos el haber resucitado á los muertos, el haber dado vista á los ciegos de nacimiento, el haber hecho hablar á los mudos, ó el haber curado á la hemorroisa de doce años con solo tocar las orlas de tu túnica?

¿Y no contéplais, señores, como en estos momentos

María Santísima, no queriendo quedar sola, acercaría más y más el cuerpo del Salvador sobre su pecho, y que dejando caer dos ríos de lágrimas de sus ojos é imprimiendo mil ósculos maternales sobre su rostro, le diría: Allá en Belen te miraba recién nacido de mis entrañas, más hermoso que los cielos, y ahora te miro todo oscurecido y afeado; este cuerpo tan esbelto que se animó en mi seno, ahora lo veo exánime en mis manos, hecho un cadáver; está yerto y todo despedazado.

Y si hasta aquí se me ha llamado madre de los Dolores, en lo de adelante se me llamará por todas las naciones vírgen de la Soledad: te dejaré de mis brazos para que te den sepultura. ¡Oh, quién pudiera sepultarte en el corazón ó morir igualmente contigo, para no quedar en tan amarga soledad! Bien consideraba esta divina Señora que había de tener su realidad aquella figura de la antigua ley, porque así como á Jonás se lo tragó una ballena y á los tres días lo vomitó vivo sobre la playa; así también Jesucristo debía ser sepultado para resucitar al tercer día de entre los muertos; y cuando esto se verificó ¿no contemplais que entonces se consumó la soledad de María? Pero si antes tenía el consuelo, aunque débil, de tener en sus brazos el cadáver de su Hijo, despues de su santo entierro, quedó enteramente sola, anegada en llanto y como la desconsolada Raquel, sin la prenda de su amor que la consuele.

A Micas cuando le roban sus ídolos, conturbado y llorando dijo que nada tenía, que todo lo había perdido. ¡Con cuánta más razon diría esta desconsolada Vírgen á quien nada le había quedado que pudiera aliviar su dolor, sino más bien que todo conspiraba á hacer irremediabiles sus lágrimas como las de Ana, porque había perdido á la luz de sus ojos, al objeto de su amor, al fruto de su vientre, al autor de su sér, y que desde aquel momento se veía hija sin Padre, madre sin Hijo, mujer sin Esposo, esclava sin Señor, y pobre sin el más rico tesoro del cielo! Todo lo ha perdido y no hay quien la consuele.

Noemi pierde un esposo, la Sunamitis pierde un hijo, José pierde á su padre y Ana pierde á Tobías, que era el báculo de su vejez y la esperanza de su posteridad; motivos poderosos para un sentimiento grande; pero tenían el consuelo de que Dios estaba con ellos; mas á María le falta su Dios, su esperanza, su Criador, su consuelo y por ella dijo Isaías: *Dereliquit me Dominus et Dominus oblitui est mei.* Mi Hijo me ha desamparado y mi Dios se ha olvidado de mí; ya no me llameis hermosa, sino amarga, porque he quedado enteramente sola y angustiada como la rosa entre las espinas, como el iris en las nubes, como la luz en las tinieblas, como la alegría en el dominio del dolor. Sin duda, señores, allí, apurando las heces del cáliz desabrido de amargura, ha quedado cubierta con el manto de la viudez, sin tener quien la consuele; mira á los cielos y á la tierra, y toda la naturaleza parece que contribuye á aumentar su dolor y á hacer más irremediabiles sus lágrimas. La techumbre de los cielos se rompe para recibir á la alma del Justo, y la tierra, como agobiada con el peso de su delito, se agita en oscilaciones que parecían precursoras de su destruccion; no hay quien la consuele; tristezas inexplicables experimenta en su espíritu, porque su entendimiento, su memoria y su vista sólo le presentan ideas de afliccion, recuerdos penetrantes y objetos melancólicos; la tierra tiembla, los peñascos más duros se rompen y chocan entre sí, los sepulcros se abren, las cenizas de los montes se animan, el velo del templo se rasga, y todo el firmamento se estremece; ¡y en medio de esta catástrofe no hay quien la consuele! Recuerda María Santísima que los apóstoles fueron escogidos para seguir al Señor, que ellos, con su misma sangre, debían dar testimonio del crucificado; vuelve su rostro hácia todas partes, los busca y no los encuentra ¡qué dolor! Aquel que en el mar de Galilea dejó la red para seguirlo, la noche anterior lo había negado. Sí, aquel esclarecido apóstol que había de ser la piedra fundamental de la Iglesia, aquel Pedro tan distinguido del Señor,

que quería hacer tres tabernáculos en el Tabor para gozar siempre de su presencia, aquel príncipe de los apóstoles que intrépidamente desenvainó la espada en el huerto de Getzemaní, lo negó delante de sus enemigos y lo negó por tres veces. Júdas lo había vendido y los demás de miedo no comparecen. ¡Qué desconsuelo! Recuerda María Santísima que el hijo de sus entrañas había dispensado muchos beneficios al género humano; pero esto más la atormenta, porque ninguno de la especie degradada se acerca para darle el pésame. A más de cinco mil hombres alimentó en el desierto, y en la sangrienta escena del Calvario no hay quien la consuele; sólo ve en su compañía á una triste Magdalena, á un affigido Juan, que desmayados de tanto llorar, se miran en puntos de morir. ¡Qué ingratitud! Los seres insensibles lloraban lágrimas de amargura, los ángeles del cielo no miraron tranquilos la crucifixion del Gólgota, batían sus alas con el estremecimiento del terror y con su llanto celebraron las exequias del Hijo de Dios. Mas el hombre se deleitaba en recorrer la esfera de sus extravíos, mientras las aves que pueblan los aires quisieron arrancar con su pico las espinas que los verdugos pusieron sobre su frente; pero el hombre orgulloso se empeñó en tocar los límites de la depravacion y levantó en el Calvario la cruz en que debía perecer nuestro Salvador, y al pié de esa cruz sangrienta afiló la espada que había atravesado el corazon de la Madre de Jesús y Madre nuestra.

¿Se dignará la desolada Madre olvidar los sangrientos gravios de los hombres, oir nuestras súplicas y cumplir con el encargo que le hizo Jesucristo al expirar? Sí, hermanos míos, porque así como para Jesús su comida y bebida era hacer la voluntad de su Padre, lo mismo era la voluntad de Dios para María. “Hágase tu voluntad,” contestó en Belem á los que le negaban un albergue. “Hágase tu voluntad,” dijo al atravesar las abrasadas arenas huyendo de Herodes; y “Hágase tu voluntad,” exclamará ahora que todo se ha consumado y ha queda-

do sola; pero acompañémosle de corazon en su soledad, entristezcámonos con ella, vivamos con ella, seamos sus hijos para secar su llanto amargo, y aclamémosla ahora y siempre Madre nuestra, para que en su regazo depositemos nuestras penas é interceda en favor nuestro con su divino Hijo. No salgais de este templo sin dejar alguna señal ostensible de vuestra compasion y piedad. La Virgen, que está sentada en su soledad, tiene poder y misericordia para los que la acompañan. La soledad os acompañará tambien á la hora suprema de la muerte. Acompañad ahora á María para que ella os acompañe entonces; compadecedla ahora y ella os compadecerá luego, porque á la que ahora es Reina de la Soledad está reservado el reinado; la patria y la plenitud; la gloria que os deseo.—AMEN.